

# La mujer freudiana\*

BEATRIZ ZULUAGA

A lo largo de su obra, Freud habló de las mujeres que le llevaban su cuerpo doliente, de aquellas mujeres cuyos cuerpos pasaron por todos los diagnósticos médicos y psiquiátricos de una época que los miraba con recelo. Eran los cuerpos de *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*, texto freudiano que hablaba de mujeres atadas a una sexualidad ligada al deber conyugal, a una sexualidad insatisfecha por estar sujeta al riesgo del embarazo, pues no era ése el tiempo de la píldora, y por ello el *coitus interruptus* era no sólo constante en el lecho victoriano sino que se mantuvo en el origen de un afecto penoso en el cuerpo, pues toda posibilidad de placer era sofocada y transformada en lo que Freud llamó luego la *neurosis de angustia*.

Sabemos de la mujer freudiana porque un día una de ellas le pidió a Freud que callase para que la dejara hablar. El pedido de silencio al Freud de la época es la frase fundante, la frase que lo convirtió en el primer analista y que hoy, 150 años después, nos convoca para decir un poco de lo que el psicoanálisis debe al Freud como personaje literario, al Freud del síntoma, al Freud de la filosofía, al Freud y su interés por los griegos, y al Freud que murió preguntándose qué quería finalmente la mujer.

Hay que decir que Freud tuvo que recorrer un camino bien arduo en su intento de pensar la mujer, le siguió la huella en la vía de su sexualidad, pero en su época la vida sexual que rodeaba a las mujeres era oscura, pecaminosa, era el comercio sexual bajo las sábanas y sólo en la vía de la maternidad. Oscuridad que alcanzó a ennegrecerlo un poco, pues creyó escuchar en ellas un mismo pedido, un único anhelo: tener el marido siempre esperado y, por supuesto, el hijo. Para el Freud de la época, hasta allí llegaba el horizonte femenino: marido e hijos, más allá era una batalla no siempre anhelada por ellas ni alentada por lo social. Sin embargo, desear el regalo del hijo, a través del hombre, es el puerto femenino que le cobró grandes problemas a Freud. Esa conclusión no le fue para nada fácil.



\* Este artículo no tiene las características de un texto acabado, pues fue presentado como ponencia en el «Homenaje al natalicio de Sigmund Freud» realizado en la Sede del Foro del Campo Lacaniano de la ciudad de Medellín, el día sábado 20 de mayo de 2006 (la autora).



Desde sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) ya nos dice que ha sido posible acercarse un poco a la sexualidad masculina, pero que en lo que compete a la sexualidad de la mujer, ésta permanece oscura e impenetrable.

En la misma línea, en su texto *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908) dice que todas sus observaciones sobre la sexualidad de las mujeres puede apoyarlas en la sexualidad de los varones, puesto que hay muchas circunstancias externas o internas que rodean e impiden el acercamiento a la sexualidad femenina.

Freud, en su intento de escuchar qué particulariza a las mujeres, recurre a la referencia más conocida para él; cree entonces, en un primer momento, que quizá la psicología de las mujeres es similar a la de los varones, intento que a simple vista parece mostrarnos a un Freud ligero, apoyado en su idea inicial de encontrar un paralelismo, la vía fácil de concebir ambos sexos similares en el recorrido sexual.

Sin embargo, es más bien nuestra lectura la que puede ser ligera, pues cuando nos adentramos cuidadosamente en su obra encontramos un Freud que no se rinde, que nunca retrocede frente a una pregunta que pueda surgir del paso por la experiencia, que no es otra que la del inconsciente. En ese punto, Freud es fiel a lo que de la verdad puede aparecer en los síntomas, a lo que le ofrecían sus pacientes en sus relatos; por ello si Freud rinde las armas es porque realmente carece de elementos y esto le impide continuar con aquello que es fuente de investigación para él. Sabemos por lo tanto que, en contra de todas las dificultades, pudo ir lejos en su trabajo, por ello aún no deja de enseñarnos e indicarnos cómo poco a poco fue recorriendo lo impenetrable que era para él entender qué era una mujer. Y para ello se adentra en la búsqueda de lo que pensaba, apoyado en su clínica, qué era aquello que las hacía padecer.

En 1918, por ejemplo, en *El tabú de la virginidad*, las mujeres freudianas salían del lecho nupcial con un gran desdén por el hombre que las había desflorado; decepción femenina que hacía del compañero un ser que habría de odiarse secretamente y que se haría el depositario de la temible venganza femenina. Los segundos matrimonios funcionan siempre mejor, según Freud, pues el segundo elegido no tendría sobre sí la carga del primer encuentro doloroso e insatisfactorio.

En 1924, en *El problema económico del masoquismo*, Freud fue más lejos en su denuncia de lo que supuestamente hacía padecer a las mujeres: la mujer es proclive al sufrimiento. Su condición de pasividad las lleva a soportar los mayores sufrimientos y sacrificios. El masoquismo femenino, que causó gran revuelo entre las feministas y del que hay que dudar realmente, fue sin embargo un prejuicio que el mismo Freud abandonó, pues finalmente la inclinación a un *supuesto sufrimiento* no da cuenta ni se sostiene en la obra freudiana como una particularidad de la mujer.

Ahora bien, siguiendo el rastro del recorrido freudiano de cómo emerge la mujer, de qué hace según Freud a una mujer, encontramos que desde sus *Cartas a Fliess*, en las que lo hace partícipe de sus primeras elaboraciones sobre el mito edípico, dice que el varoncito parece irse en contra del padre por no permitirle el acceso a la madre, y que la niña, por su lado, parece desatar gran hostilidad hacia la madre. Primeras líneas que dan cuenta de que la supuesta semejanza, el paralelismo entre los caminos del pequeño varón y la niña, se sostiene del todo para Freud.

Que el niño y la niña sean similares en el recorrido hacia su sexualidad, es una concepción que no permanece por mucho tiempo en el pensamiento de Freud. Encuentra que el niño ama a la madre y experimenta gran hostilidad hacia el padre, contrario a la niña que se dirige al padre abrigando, como ya se dijo, un gran malestar hacia la madre. Disparidad en los afectos hacia los padres y cambio de zona erógena en la niña, mas no en el varón, son entonces las diferencias que se le presentan a Freud. Sin embargo, aún falta una premisa mayor en el recorrido donde sucumben ambos sexos; hay una misma certeza para ambos: "Todos tienen pene". Certeza frente a la que, dada la percepción de la ausencia de órgano en la mujer, los dos titubean, pero que ambos resuelven rápidamente... "un día crecerá".

Para ambos, niños y niñas, todos los seres humanos tienen pene; primado genital que luego Freud nombrará como primado fálico, pero que en la confrontación con la realidad, en el enfrentamiento con la percepción de la ausencia real en la niña, no puede sostenerse por mucho tiempo. La niña protesta, pero eso se impone, cae de su peso, es un hecho real que ella carece de algo, lo cual derrumba finalmente la idea universal de que todos, las niñas, la madre, "todos tienen".

El varón concluye que quizá esa ausencia es el resultado de una mutilación en la niña, seguramente por hacer lo mismo que él, dedicarse al placer de la masturbación, y decide por lo tanto que es mejor abandonar dichos hábitos. Renuncia alentada por la angustia de la castración: "pueden cortármelo quizás", como a ella.

Punto que introduce una de las grandes diferencias, más bien confusiones, en que Freud dejó el problema de la feminidad, en tanto que plantea la diferencia entre ser hombre o ser mujer a partir de tener o no tener pene.

Si Freud dijo que *la anatomía es el destino* es porque pensaba que lo importante era tener el órgano de goce, que lo importante era poseerlo, allí se establecía la diferencia real, en un asunto de tener el órgano de goce. En tanto el placer dado por la excitación del órgano es prohibido, tachado por la intervención del otro parental, por ejemplo, el órgano mismo cae bajo el peso de la amenaza de castración. La amenaza eleva ese órgano entonces a otra condición, significado por la pérdida de ese placer prohibido.



Pero la feminidad, la mujer freudiana se extravió desde allí, pues Freud pensó que aquélla estaría reivindicando el pene, el órgano, que estaba en la protesta eterna, en la añoranza de lo que supuestamente a ella no les fue dado. Nos dice que en cuanto percibe que ella no lo tiene, cae presa de una gran envidia y que su sexualidad se batirá entonces en un problema del tenerlo o no tenerlo. Vía que a Freud lo llevará a su pregunta de cómo la niña, la futura mujer se las arregla con su feminidad si no tiene en su cuerpo un órgano, algo que represente su sexualidad. Este es el problema ante el que, lo sabemos, Freud claudica, y que más tarde Lacan intenta resolver pensándolo desde una lógica distinta.

Hasta aquí, entonces, podemos decir que Freud ha mostrado que la niña para acceder a su feminidad debe:

- Renunciar a la madre
- Elegir al padre como nuevo objeto de amor
- Renunciar al clítoris y desplazar su goce a la vagina
- Renunciar a la idea de que tiene un pene y sumirse en la envidia por no tenerlo



Si retomamos y leemos cuidadosamente el recorrido que promete la feminidad para la mujer freudiana, podemos concluir que dicho acceso está atravesado por la renuncia. Renuncia a la madre, renuncia al clítoris, renuncia a la idea de tener un pene. Podemos concluir que la mujer freudiana desde sus inicios está pensada desde la renuncia y, mas allá de ello, destinada a asumirse en falta, a vivirse como castrada, es decir, a subjetivar que tuvo algo a lo que ha debido renunciar. Esta es la pregunta que se plantea Freud: ¿Y cómo asumirse castrada si no tiene en su cuerpo el referente real que le diga de un goce perdido? ¿Cómo hacer psíquico, cómo tramitar lo que no tiene ninguna representación en su cuerpo?

No es evidente que el encuentro con la castración abra a la mujer freudiana una vía no muy accidentada hacia su feminidad. Hay recodos que extraviaron a la mujer, pero más que a la mujer freudiana, al Freud que las escuchó.

En el texto sobre *La sexualidad femenina* (1931) dice, por ejemplo, que la niña puede optar por tres vías fundamentales ante el descubrimiento de su decepcionante diferencia:

- 1) El extrañamiento, la renuncia o la inhibición de su sexualidad, hasta el no querer saber nada de ella.
- 2) Darle la espalda a todo aquello que le evoque la feminidad, reivindicando la masculinidad.

- 3) Finalmente, asumir que se está en falta y esperar el don del otro a través de la maternidad.

Voy a dejar de lado las primeras dos para centrarme en la tercera vía. Esta última es la que Freud finalmente sitúa como la salida esperada: la salida de la feminidad, vía sólo posible echando mano de nuevo, como ya se había dicho, de las renunciadas. La mujer freudiana podrá entonces resignar la envidia del pene sólo si dicha envidia se desplaza al deseo, al deseo de un hijo inicialmente esperado –en el imaginario de la niña– otorgado por el padre.

La mujer freudiana debe esperar un regalo del otro-padre. Obviamente el regalo que el Freud victoriano creía que era el de mayor valor, es decir, el objeto más preciado para la mujer de la sociedad de su época: un hijo.

Ahora bien, si la mujer en Freud puede deslizarse desde la envidia hacia el deseo, dicho desplazamiento habla de un cambio de posición que implica pasar de un estado de reivindicación, de hostilidad, de mantenerse en una lógica del tener, a otra posición que supuestamente asume que a ella *algo le falta*. Si de poseerlo o negarse a no tenerlo puede pasar a pedir que le sea otorgado por otro, esto implica que la mujer freudiana ha logrado asumirse en falta. Sin embargo, si esto hubiera sido una certeza y un asunto simple para Freud, él no habría tenido tanta confusión en torno al asunto que constituyó su pregunta por lo que quería una mujer.

Volviendo al recorrido freudiano, si el problema de tener pene para la mujer era resuelto por el tener, esto habría dejado abierto el acceso a la feminidad, pero la mujer de su época, como la de la nuestra, tampoco se bastaba siempre –afortunadamente para ellas y para los hijos también– por la vía de la maternidad. El hecho de desear un hijo, de tenerlo, no implicaba para ellas hacerse mujeres, ni le resolvía a Freud su pregunta. ¿Qué piden entonces ellas más allá del hijo? Allí estamos de nuevo situados en la encrucijada freudiana que no permitió su salida, porque Freud seguía ubicado en la lógica del tener, es decir en la idea de que ellas supuestamente querían hacerse al falo por la vía del tener.

Para Freud, las mujeres de su época aún estaban extraviadas en el camino de subjetivar una pérdida que no había sido sustraída por la referencia de un órgano. No existía en ellas, en lo real, un órgano que representara una pérdida de goce, pero que al mismo tiempo representara el poder y la prohibición de aquello a lo que se había tenido que renunciar.

Finalmente, la mujer freudiana, más bien aquellas mujeres escuchadas por Freud, eran mujeres sin castrar, privadas de algo real y, como tal, eso no pasaba a otro registro, pues Freud también estaba situado en la lógica fálica, es decir, en la lógica



del inconsciente, la lógica que no conoce otro referente más que el referente fálico, “el todos tienen”, y hasta allí pudo llegar.

Esto, obviamente, no le resuelve a Freud la pregunta por la feminidad. El enigma se mantenía para él. ¿Qué es lo que enferma, hace síntoma en las mujeres? ¿Qué gritan ellas en su cuerpo? ¿Qué esperan ellas que se les diga en el amor? ¿Qué parecen a veces reclamar tanto, en la madre, en la otra, en el otro, en el mundo?

La mujer freudiana se debate entre la reivindicación y la protesta por no tener el pene. La envidia del pene es aquello que Freud sitúa como la roca donde habrá de tropezar el análisis de la mujer. Por ello, en la experiencia del análisis, conducir dicha envidia al deseo del hijo era la única posibilidad en la cura; más allá no había esperanzas para lo femenino.

Encrucijada que, en su clínica, lo llevó a escuchar a las mujeres de un modo que lo ensordecía para lo que ellas anhelaban y lo confirmaba en lo que él creía que era el deseo femenino, lo que lo llevó a confundirse con los engaños que sus pacientes le traían en sus sueños, a interpretarlos desde lugares que nada abrigaban de la feminidad. Encrucijada que lo dejó en mitad del camino, pues las escuchó desde el lugar del padre, del falo, y que le valió todos los rechazos y críticas severas que se le siguen haciendo, sobre todo cuando se hacen desde el desconocimiento de un momento particular de su pensamiento y de los elementos que los discursos de su época le ofrecían. Pero, más allá de esto, las mujeres que escuchó le permitieron extraer un saber sobre el sujeto y sobre el deseo, que hoy nos permite seguir pensando qué quiere una mujer.

Evocando entonces al padre del Psicoanálisis, las preguntas sobre qué desea una mujer, qué es hoy una mujer, se mantienen vigentes pero enmarcadas en discursos nuevos donde los ideales son otros fuera de la maternidad, la familia tradicional, la virginidad, la fidelidad. Ya no es más la época freudiana, ahora las mujeres tienen las puertas abiertas a los bienes, al poder, al saber. Hoy las ofertas contemporáneas en términos de cómo se goza, de qué estilo de vida se lleva y qué objetos ofrecen la *felicidad*, son bien diferentes a las de la época victoriana, y, además, son iguales para ellos y ellas.

Se espera entonces que desde el sentido común el tránsito hacia la pérdida de las diferencias, la homogeneización de los modos de gozar, la posibilidad para ellas de obtener lo de ellos, tendría efectos subjetivos liberadores para los sujetos femeninos. Podría pensarse que las mujeres se las pueden arreglar mejor ahora con eso de ser mujer, en tanto ya nada les ordena hacerse a un lado, quedarse al margen en términos de trabajo, de posibilidades o de creación. En otras épocas –aún dicen estarlo, pero quizás menos– se dijeron oprimidas, víctimas y condenadas al pequeño perímetro del



hogar y de la maternidad y excluidas del placer de la sexualidad. Ahora las cosas han dado un giro sustancial para ellas. Ahora pueden tener el hijo, el marido, el amante; pueden decidir tener los hijos solas o con el compañero, decidir una profesión, ganar dinero, elegir su pareja sexual, estar en el hogar o fuera de él. Las posibilidades son otras, y esto supone entonces que, liberadas un poco de los imperativos arcaicos reducidos a la maternidad y el hogar, ya habría menos tormentos para las mujeres. Las diferencias se han eliminado, el empuje es hacia la igualdad, supuestamente entonces el reclamo por la inequidad no tendría por qué darse más. Sin embargo, la clínica nos dice otra cosa.

Las nuevas elecciones, las nuevas posibilidades no las han acallado y no parecen haber ofrecido más bienestar subjetivo a las mujeres. Sus nuevas elecciones traen otras quejas, otros síntomas. Se quejan de soledad, de no estar a la altura de las exigencias, de amar sin gozar, de no ser frías pero no amar. A esos síntomas hay que escucharlos en el “una a una” y esto permite que algunas veces puedan pasar de la queja a la pregunta. Quizás hoy, diferente a lo que ocurría con las mujeres freudianas, su horizonte no está limitado por el hijo.

Las mujeres de hoy ya no traen más los mismos cuerpos sufrientes, tomados por la frigidez y la conversión. Pero, de otro modo, traen nuevas dolencias en el cuerpo: depresiones, alergias, infertilidad, bulimias, anorexias, o la carrera loca de agregarse en el cuerpo el trozo sintético para crear la ilusión de encarnar a LA Mujer que nada le falta en el cuerpo.

Ahora bien, si a Freud se lo ha juzgado como el gran detractor de las mujeres, si se lo ha criticado por haber señalado una banal y limitada añoranza femenina basada en lo fálico, es decir en la vía del “tener”, ¿puede afirmarse que esto hace parte del pasado victoriano? ¿Puede hablarse de un radical cambio en la posición femenina alentada por la liberación, la igualdad y el despliegue cultural para la mujer? Por el contrario, creo más bien que hay que señalar la gran vigencia freudiana. El falicismo de la época freudiana no parece haber sido abandonado por la mujer. La mujer freudiana decía sí a la sociedad de la época, elegía la maternidad, pues ése era el centro del reino del *tener*. La mujer hoy dice sí al anhelo de construirse un cuerpo en el que *nada falte*. En su angustia por las medidas perfectas debe ser el falo erecto, sin ninguna deflexión, pues deben responder a todo: como madres, como esposas, como amantes, como profesionales y, más allá de eso, jamás envejecer. Se les exige estar siempre bellas, mostrar un cuerpo sin fisuras. En esto hoy reivindico la gran vigencia de Freud. Él escuchó que el problema para la mujer estaba en la ausencia, en la *falta* que padecían en su cuerpo. Hoy padecen en su afán de tener un cuerpo sin fallas, sin edad, sin castrar, sin ausencias: que *nada falte*. Freud señaló entonces una queja



femenina que parece no haberse acallado. Él las escuchó en su clínica, hoy nosotros las escuchamos en la nuestra.

Nuestras mujeres de hoy, no todas por supuesto, parecen no estar lejos de esas mujeres que Freud escuchó padecer en su cuerpo. Hoy las vemos en su carrera vertiginosa de devenir madres, profesionales, acompañadas o solas con hijos “estrella” convertidos en marionetas de actividades infinitas, de un lado al otro de la ciudad. Son mujeres impelidas a cumplirle a todos los imperativos de la moda, de la publicidad, del mercado. Ya no son las llamadas histéricas freudianas frías e insatisfechas. Son las muñecas de una orden siniestra que empuja a construirse, quitarse, agregarse, esculpirse un cuerpo que ofrece la imagen ominosa de no tener el rasgo propio, que desaparecen en la serie en la que una puede ser cualquiera. Las mujeres freudianas gritaban en su cuerpo lo que no podía nombrarse en el lenguaje. Freud murió sin saber qué deseaban, qué las habitaba, qué parecía estar por fuera de sus palabras. La pregunta sigue vigente: ¿qué desean las mujeres? ¿Qué las hace padecer hoy? No puede olvidarse, reitero, que debe ser en el una por una que ofrece el psicoanálisis, donde algo puede saberse.

No deja de sorprender que las mujeres contemporáneas, a pesar de las posibilidades que ahora se les ofrecen, parecen sacrificar cada vez más su deseo, su singularidad, el rasgo que las hace una y no otra, para sucumbir a otras voces no menos letales, no menos siniestras que la reducida añoranza de las mujeres freudianas.



#### BIBLIOGRAFÍA

FREUD, SIGMUND, *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), en *Obras completas*, tomo VII, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1979.

\_\_\_\_\_, *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908), en *Obras completas*, tomo IX, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1979.

\_\_\_\_\_, *El tabú de la virginidad* (1918), en *Obras completas*, tomo XI, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1979.

\_\_\_\_\_, *El problema económico del masoquismo* (1924), en *Obras completas*,

tomo XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1979.

\_\_\_\_\_, “Carta a Fliess, número 64”: *Manuscrito N* (Anotaciones III) (1897), en *Obras completas*, tomo I, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1979.

\_\_\_\_\_, *Sobre la sexualidad femenina* (1931), en *Obras completas*, tomo XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1979.